

PATRICIA HIGHSMITH

*Ripley
en peligro*



Tom Ripley y su mujer Heloise disfrutaban de una plácida existencia en el «paraíso perdido» de una pequeña localidad francesa, cuando parecen en escena los Pritchard, una enigmática pareja de norteamericanos que sacarán a la luz dos asesinatos que Ripley había cometido tiempo atrás y que habían quedado impunes. Cuando el pasado acecha, Ripley se encuentra acorralado...

En esta novela de la serie del personaje Ripley, Patricia Highsmith —siempre desde el marco del género negro— da muestras de una gran profundidad psicológica.

A los muertos y heridos de la Intifada, a los kurdos, a todos aquellos que luchan contra la opresión en cualquier parte del mundo, y que se levantan no sólo para ser tenidos en cuenta, sino para ser fusilados.

1

Tom estaba de pie en el bar de Georges y Marie, con una taza de café casi vacía en la mano. Ya había pagado, y los dos paquetes de Marlboro de Heloise le abultaban en el bolsillo de la chaqueta. Estaba observando una máquina de juegos, situada en el rincón, en la que había gente jugando.

La pantalla mostraba la silueta de un motorista que se precipitaba hacia el fondo, y a cada lado de la carretera unas vallas que se desplazaban hacia adelante producían una ilusión de velocidad. El jugador manipulaba un volante semicircular, y hacía que el motociclista virase para adelantar a un coche más lento, o saltara como un caballo para esquivar una valla que había aparecido de pronto en plena carretera. Si el motorista (el jugador) no saltaba a tiempo, se producía un impacto silencioso, aparecía una estrella negra y dorada para indicar el choque, el motociclista quedaba eliminado y se terminaba el juego.

Tom había observado aquel juego muchas veces (que él supiera, era el más popular de todos los que habían adquirido Georges y Marie), pero nunca había jugado. No sabía por qué, pero prefería no hacerlo.

—*Non, non!* —Desde detrás de la barra, la voz de Marie se alzó sobre el barullo habitual discutiendo la opinión de algún cliente, probablemente política. Su marido y ella eran de izquierdas de toda la vida—. *Ecoutez, Mitterrand...*

A Tom se le ocurrió que, a pesar de eso, a Georges y Marie no les gustaba la invasión de norteafricanos emigrados a su país.

—*Eh, Marie! Deux pastis!* —Era la voz del gordo Georges, con un delantal blanco lleno de manchas sobre la camisa y los pantalones, sirviendo las pocas mesas donde la gente bebía y a veces comía patatas fritas empaquetadas y huevos duros.

La máquina de discos tocaba un viejo cha-cha-chá.

¡Una silenciosa estrella negra y dorada! Los espectadores protestaron con simpatía. Muerto. Todo se había acabado. La pantalla hizo centellear su mudo y obsesivo mensaje: *INSERTE MONEDAS INSERTE MONEDAS INSERTE MONEDAS*, y el trabajador, obediente, hurgó en un bolsillo de sus vaqueros, introdujo más monedas y el juego volvió a empezar, con el motorista otra vez en forma, avanzando dispuesto a todo, esquivando con soltura un cilindro que aparecía en su camino, saltando limpiamente la primera barrera. El que manejaba los controles estaba decidido, dispuesto a hacer avanzar a su hombre.

Tom pensaba ahora en Heloise, en su viaje a Marruecos. Ella quería ver Tánger, Casablanca, quizá Marrakech. Y Tom había aceptado ir con ella. Después de todo, tampoco era uno de aquellos viajes suyos de aventuras que requerían visitas al hospital para vacunarse antes de salir, y, como marido, le correspondía acompañarla en algunas de sus excursiones. Heloise tenía dos o tres proyectos al año, pero no siempre los realizaba. Ahora Tom no estaba de humor para unas vacaciones. Era principios de agosto, en Marruecos haría más calor que nunca, y a Tom le gustaban sus peonías y sus dalias en aquella época del año. Le gustaba cortar dos o tres cada día y ponerlas en la sala. Tom estaba muy apegado a su jardín y casi había llegado a apreciar a Henri, el mozo que le ayudaba con los trabajos más pesados, un gigante en cuestión de fuerza, aunque no fuera el hombre idóneo para las tareas del jardín.

Además estaba la Extraña Pareja, como Tom había empezado a llamarles para sí. No estaba seguro de que estuvieran casados y, naturalmente, eso no importaba. Sentía

que rondaban por la zona y que tenían los ojos puestos en él. Quizá fueran inofensivos, pero ¿quién sabía? Tom se había fijado en ellos hacía cosa de un mes en Fontainebleau, una tarde en que Heloise y él iban de compras. Un hombre y una mujer que parecían americanos, de unos treinta y tantos años, iban andando hacia ellos, observándoles con aquella mirada que Tom conocía muy bien, como si supieran quién era él, y quizá incluso conocieran su nombre, Tom Ripley. Había visto la misma mirada en algún que otro aeropuerto, aunque rara vez y no en los últimos tiempos. Podía ser porque su foto había salido en los periódicos, pero estaba seguro de que hacía años que no salía en ninguno. Desde el asunto Murchison, y aquello había sido hacía unos cinco años. La sangre de Murchison aún manchaba el suelo del sótano de Tom, y cuando alguien lo advertía, Tom decía que era una mancha de vino.

La verdad es que era una mezcla de sangre y vino, recordó Tom, porque Murchison había sido golpeado en la cabeza con una botella de vino. Una botella de Margaux empuñada por Tom.

La Extraña Pareja. El motorista hizo *Bum*. Tom se dio la vuelta y llevó su taza vacía hacia el mostrador del bar.

El hombre de la Extraña Pareja tenía el pelo negro y liso y llevaba gafas de montura redonda; la mujer, el pelo castaño claro, una cara delgada y los ojos grises o castaños. Era el hombre el que le miraba, con una sonrisa vaga y vacía. Tom sentía que tal vez hubiera visto antes a aquel hombre, en Heathrow o en Roissy, con aquella actitud de «conozco tu cara». No era nada hostil, pero a Tom no le gustaba.

Luego Tom les había visto un mediodía, paseando despacio en su coche por la calle principal de Villeperce, cuando él volvía de la panadería con una *flûte* (debía de ser el día libre de Madame Anette, o quizá estaba ocupada), y de nuevo Tom le había sorprendido mirándole. Villeperce era un pueblecito, a unos kilómetros de Fontainebleau. ¿Por qué había ido allí la Extraña Pareja?

Marie, con su gran sonrisa de labios rojos, y Georges, con su cabeza casi calva, estaban detrás de la barra cuando Tom dejó la taza y el platillo.

—*Merci et bonne nuit.* ¡Marie... Georges! —exclamó Tom, y sonrió.

—*Bonsoir, M'sieur Reepley!* —gritó Georges agitando una mano mientras con la otra servía un Calvados.

—*Merci, M'sieur, à bientôt!* —le gritó Marie.

Tom estaba ya casi en la puerta cuando entró el hombre de la Extraña Pareja, con sus gafas redondas y todo lo demás, aparentemente solo.

—Señor Ripley —sus rosados labios sonreían otra vez—, buenas tardes.

—Buenas tardes —dijo Tom, dirigiéndose a la salida.

—Oiga, mi mujer y yo..., ¿puedo invitarle a tomar algo?

—Gracias, pero ya me iba.

—Quizá otro día. Hemos alquilado una casa en Villeperce. Hacia allí. —Señaló vagamente hacia el norte, y su sonrisa se hizo más amplia, revelando una perfecta dentadura—. Parece que vamos a ser vecinos.

Dos personas que entraban tropezaron con Tom, que tuvo que retroceder hacia el interior del bar.

—Me llamo Pritchard. David. Estoy estudiando en el centro académico de Fontainebleau, el INSEAD. Seguro que lo conoce. De todas formas, mi casa es una blanca, de dos pisos, con un pequeño estanque. Nos enamoramos de ella precisamente por el estanque, los reflejos en el techo..., el agua... —Ahogó una risita.

—Ya —dijo Tom, intentando no ser desagradable. Ahora ya había traspasado la puerta.

—Le llamaré. Mi mujer se llama Janice.

Tom consiguió asentir y se obligó a sonreír.

—Sí. Muy bien. Cuando quiera. Buenas noches.

—¡No hay muchos americanos por aquí! —exclamó el decidido David Pritchard tras él.

Al señor Pritchard le costaría mucho encontrar su número, pensó Tom, porque Heloise y él se las habían arreglado para que no figurase en la guía. Aquel David Pritchard, que era casi tan alto como Tom y un poco más gordo, estúpido en apariencia, tenía pinta de crear problemas, pensó Tom mientras se dirigía hacia la casa. ¿Funcionario de algún tipo de policía? ¿Investigaba antiguos expedientes? ¿Un detective privado de... de quién, realmente? A Tom no se le ocurría ningún posible enemigo en activo. *Falso* era la palabra que le sugería David Pritchard: sonrisa falsa, falsas buenas intenciones, quizá incluso una falsa historia sobre lo de los estudios en el INSEAD. Aquella institución educativa de Fontainebleau podía ser una tapadera, de hecho, era algo tan evidente que Tom pensó que quizá Pritchard sí estudiaría algo allí. O quizá no fueran marido y mujer, sino un par de agentes de la CIA. ¿Para qué podían buscarle en Estados Unidos?, se preguntó Tom. Por lo de los impuestos. No, aquello estaba todo en orden. ¿Murchison? No, aquello estaba resuelto. O habían abandonado el caso. Murchison y su cadáver habían desaparecido. ¿Dickie Greenleaf? Era difícil. Si hasta Christopher Greenleaf, el primo de Dickie, le escribía a Tom amistosas postales de vez en cuando. El año anterior desde Alice Springs, por ejemplo. Christopher era ahora ingeniero civil, casado, y trabajaba en Rochester, Nueva York, recordó Tom. Al final se llevaba bien hasta con el padre de Dickie, Herbert. Al menos, intercambiaban felicitaciones de Navidad.

Cuando se acercaba al gran árbol que había frente a Belle Ombre, un árbol cuyas ramas se inclinaban ligeramente hacia la carretera, empezó a animarse. No tenía por qué preocuparse. Abrió una de las grandes puertas justo lo suficiente como para deslizarse dentro, luego la cerró tan suave y silenciosamente como pudo, y volvió a poner el candado y el largo cerrojo.

Reeves Minot. Tom se paró en seco y los zapatos se deslizaron por la grava del jardín. Había otro trabajo ilegal

de Reeves en perspectiva. Reeves había llamado hacía unos días. Tom siempre se prometía que no iba a hacer ninguno más, y luego acababa aceptando. ¿Era porque disfrutaba conociendo gente nueva? Tom se rió de un modo breve y casi inaudible, y luego siguió andando hacia la puerta principal con su paso habitual, tan suave que apenas rozaba la grava.

La luz de la sala estaba encendida y la puerta principal abierta, tal como la había dejado Tom hacía cuarenta y cinco minutos. Tom entró y cerró la puerta tras él. Heloise estaba sentada en el sofá, absorta en una revista. Probablemente un artículo sobre África del Norte, pensó Tom.

—Hola, *chéri*, ha llamado Reeves —dijo Heloise levantando la vista, echando hacia atrás su rubia cabellera con un movimiento de la cabeza—. Tom, ¿me has...?

—Sí. ¡Cógelo! —Sonriendo, Tom le tiró el primer paquete rojo y blanco, y luego el segundo. Ella cogió el primero, y el segundo le dio en la blusa azul—. ¿Ha metido la pata Reeves? ¿Una plancha? *Répassant*? ¿Planchando? *Buegelnd*?

—¡Oh, Tome, déjalo ya! —dijo Heloise, y encendió el mechero. En el fondo le gustaban sus juegos de palabras, pensó Tom, aunque nunca lo decía, y apenas se permitía sonreír—. Volverá a llamar, pero no sé si esta noche.

—Alguien..., bueno... —Tom se detuvo porque Reeves nunca entraba en detalles con Heloise, y Heloise demostraba desinterés, e incluso aburrimiento, hacia las cosas de Tom y Reeves. Así era más seguro: cuanto menos supiera ella, mejor. Tom suponía que eso era lo que pensaba Heloise. ¿Y quién iba a discutirsele?

—Tome, mañana iremos a comprar los billetes para Marruecos, ¿de acuerdo? —Había arrebujado sus pies desnudos en el sofá de seda amarilla como una confortable gata, y ahora le miraba serena, con sus ojos color lavanda pálido.

—Sssí. De acuerdo. —Recordó que se lo había prometido—. Primero iremos en avión a Tánger.

—*Oui, chéri*, y seguiremos desde allí. A Casablanca, por supuesto.

—Por supuesto —repitió Tom—. Muy bien, querida, mañana compraremos los billetes... en Fontainebleau. —Siempre iba a la misma agencia de viajes, y ya conocía a los empleados. Dudaba, pero al fin se decidió a decirlo—. Querida, ¿te acuerdas de la pareja... aquella pareja con pinta de americanos que vimos un día en Fontainebleau, en la acera? Venían andando hacia nosotros y luego yo te dije que él nos estaba mirando. Un hombre moreno, con gafas...

—Creo que sí. ¿Por qué?

Tom pensó que ella sí se acordaba.

—Porque él me ha abordado en el bar. —Tom se desabrochó la chaqueta y hundió las manos en los bolsillos de los pantalones. No se había sentado—. No me gusta nada.

—Recuerdo a la mujer que iba con él, con el pelo más claro. Americanos, ¿no?

—Al menos él, sí. Pues han alquilado una casa aquí en Villeperce. ¿Te acuerdas de la casa donde...?

—*Vraiment?* ¿En Villeperce?

—*Oui, ma chère!* La casa con el estanque de agua que se refleja en el techo de la sala, ¿sabes? —Heloise y él se habían maravillado ante las formas danzantes que el agua describía con su reflejo en el techo blanco.

—Sí. Recuerdo la casa, de dos pisos, con una chimenea no muy bonita. No muy lejos de la de los Graís, ¿verdad? Alguien que iba con nosotros pensaba comprarla.

—Sí. Exacto. —Un conocido de un conocido americano, que buscaba una casa de campo no muy lejos de París, les había pedido a Tom y Heloise que le acompañaran a ver un par de casas por el vecindario. No había comprado nada, al menos no en Villeperce. Aquello había sido hacía más de un año—. Bueno, pues el hombre moreno de las gafas intenta ser amistoso conmigo o con nosotros, y a mí no me

apetece. Sólo porque hablamos inglés o americano, ¡ja!... Parece que hace algo en el INSEAD, aquel centro que hay cerca de Fontainebleau —añadió Tom—. Primero, ¿cómo sabe mi nombre y por qué le intereso? —Para no parecer demasiado preocupado, Tom se sentó tranquilamente. Desde su silla veía a Heloise frente a él, con la mesita de té entre los dos—. Se llaman David y Janice Pritchard. Si consiguen llamar, seremos educados, pero les diremos que estamos muy ocupados. ¿De acuerdo, cariño?

—Claro, Tome.

—Y si tienen el valor de presentarse aquí, no les dejaremos pasar. Avisaré a Madame Annette y ya está.

El claro ceño de Heloise se volvió pensativo.

—¿Qué pasa con ellos?

La simplicidad de la pregunta hizo sonreír a Tom.

—Tengo un presentimiento. —Tom titubeó. No solía hablarle a Heloise de sus intuiciones, pero en aquel caso podía protegerla haciéndolo—. No me parecen normales. —Bajó los ojos hacia la moqueta. ¿Qué era normal? No podría haber contestado esa pregunta—. Me da la sensación de que no están casados.

—¿Y qué?

Tom se rió y cogió el paquete azul de Gitanes de la mesita. Luego encendió uno con el mechero Dunhill de Heloise.

—Tienes razón. Pero ¿por qué me vigilan?... No te lo he dicho, pero creo que recuerdo al mismo hombre, incluso a la misma pareja, mirándome en algún aeropuerto no hace mucho.

—No, no me lo has dicho —dijo Heloise, con aire seguro.

—No digo que sea importante, pero sugiero que si intentan acercarse, seamos educados... y distantes. ¿De acuerdo?

—Sí, Tome.

El sonrió.

—Antes que ellos, ha habido más gente que no nos gustaba. No es grave. —Tom se levantó, rodeó la mesita y ayudó a Heloise a levantarse con la mano que ella le tendía. La abrazó, cerró los ojos y disfrutó de la fragancia de su pelo, de su piel—. Te quiero. Quiero mantenerte a salvo.

Ella se rió y aflojaron su abrazo.

—Belle Ombre parece *muy* seguro.

—No pondrán los pies aquí.

2

Al día siguiente. Tom y Heloise fueron a Fontainebleau a comprar los billetes. Al final eran de la Royal Air Maroc, aunque ellos los habían pedido de Air France.

—Las dos compañías están muy relacionadas —dijo la joven, una nueva empleada de la agencia de viajes—. El Hotel Minzah, habitación doble, tres noches, ¿verdad?

—Hotel Minzah, correcto —dijo Tom en francés. Podían quedarse uno o dos días más si lo pasaban bien. Tom estaba seguro. Decían que el Minzah era el mejor hotel de Tánger.

Heloise había ido a una tienda cercana a comprar champú. Durante el largo rato que la chica tardó en rellenar los billetes, Tom se descubrió mirando hacia la puerta, y se dio cuenta de que estaba pensando vagamente en David Pritchard. Pero tampoco esperaba que apareciese por allí. ¿Acaso no estarían los Pritchard ocupados instalándose en su casa recién alquilada?

—¿Ha estado antes en Marruecos, Monsieur Ripley? —le preguntó la chica, mirándole sonriente mientras metía el billete en un sobre grande.

¿Qué le importaba?, pensó Tom. Y le sonrió cortésmente.

—No. Pero me apetece ir.

—La vuelta abierta. Así, si se enamora del país, puede quedarse más tiempo. —Le tendió el sobre con el segundo billete.

Tom ya había firmado un cheque.

—Muy bien. ¡Gracias, *Mademoiselle!*

—*Bon voyage!*

—*Merci!* —Tom avanzó hacia la puerta, que estaba flanqueada por dos paredes de coloridos carteles. Tahití, mar azul, un barquito de vela, y allí —¡sí!—, el cartel que siempre le hacía sonreír: era Phuket, una isla de Thailandia, recordó, y levantó la vista para mirarlo. La fotografía mostraba un mar azul, una playa amarilla, una palmera inclinada hacia el agua, encorvada por años y años de viento. Ni un alma a la vista. «¿Ha tenido un mal día, un mal año? ¡Venga a Phuket!» Tom pensó que aquél podía ser un buen reclamo que sedujera a mucha gente para sus vacaciones.

Heloise le había dicho que le esperaría en la tienda, así que Tom se dirigió a la izquierda por la acera. La tienda estaba al otro lado de la iglesia de St. Pierre.

Y allí —Tom tuvo el impulso de soltar una maldición, pero se mordió la lengua—, frente a él, acercándose, estaba David Pritchard con su... ¿concubina? Tom los vio primero, a través del creciente número de peatones (era mediodía, hora de comer), pero al cabo de unos segundos la Extraña Pareja le había localizado. Tom miró a otra parte, justo enfrente, y sintió tener todavía en la mano izquierda el sobre con su billete de avión. ¿Se darían cuenta los Pritchard? ¿Se acercarían a Belle Ombre y explorarían el terreno desde el camino, una vez se hubieran cerciorado de que Tom iba a estar ausente durante un tiempo? O quizá se estaba preocupando demasiado, de un modo absurdo. Recorrió los últimos metros que le separaban de las ventanas teñidas de oro de Mon Luxe. Antes de entrar se detuvo y miró hacia atrás, para ver si la pareja le observaba o incluso se dirigía a la agencia de viajes. Ninguna de las dos cosas le hubiera sorprendido, pensó. Vio los anchos hombros de Pritchard con su blazer azul justo por encima del gentío. Vio su nuca. Aparentemente, la Extraña Pareja iba a pasar de largo la agencia de viajes.

Tom entró en la perfumada atmósfera de Mon Luxe, donde Heloise estaba hablando con una conocida. Tom no

recordaba su nombre.

—¡Hola, Tome! ¿Te acuerdas de Françoise? Amiga de los Berthelin.

No se acordaba, pero fingió que sí. Tampoco tenía importancia.

Heloise ya había hecho sus compras. Salieron, después de un *au revoir* a Françoise, de quien Heloise dijo que estaba estudiando en París, y que también conocía a los Grais. Antoine y Agnès Grais eran unos vecinos y viejos amigos, que vivían en la zona norte de Villeperce.

—Pareces preocupado, mon cher —dijo Heloise—. ¿Todo ha ido bien con los billetes?

—Eso creo. El hotel confirmado —dijo Tom, palmeándose el bolsillo izquierdo de la chaqueta—. ¿Comemos en l'Aigle Noir?

—¡Ah... *oui!* —dijo Heloise, complacida—. Claro.

Era lo que habían planeado. A Tom le gustaba oírle decir «claro» con su acento, y había dejado de corregirla.

Comieron en la terraza, al sol. Los camareros y el maitre les conocían, sabían que a Heloise le gustaba el Blanc de Blancs, el filete de lenguado, comer al sol, y quizá una ensalada de endivias. Hablaron de cosas agradables: el verano, los bolsos de cuero marroquíes. ¿Quizá una jarra de bronce o de cobre? ¿Por qué no? ¿Un paseo en camello? Tom sintió vértigo. ¿Lo había hecho alguna vez, o había sido un elefante en un zoo? Balancearse de pronto a unos metros por encima del suelo (donde seguramente aterrizaría si perdía el equilibrio) no era de su gusto. A las mujeres les gustaba. ¿Serían masoquistas? ¿Qué sentido tenía? ¿Estaría relacionado con dar a luz y una estoica tolerancia del dolor? Tom se mordió el labio.

—Estás nervioso, Tome —comentó Heloise nerviosa.

—No —dijo Tom enfáticamente. Y se obligó a aparentar calma durante el resto de la comida y de camino hacia casa.